

## OPINIÓN

# El mal sabor de la Superliga

El proyecto elitista asestaría un duro golpe a los valores fundacionales del fútbol

Una docena de grandes clubes de fútbol europeos ha anunciado su intención de crear una Superliga que representaría la voladura del sistema vigente y una profundísima herida al espíritu propio de este deporte. El proyecto forjaría un torneo con plaza asegurada permanente para 15 equipos de élite del continente —que serían los dueños del formato— y al que cada año estarían invitados tan solo cinco clubes externos, una sustitución de facto de la actual Champions League, a la que se accede por mérito sobre la base de los resultados anuales de las ligas nacionales. La razón de la iniciativa reside en el interés financiero de las entidades involucradas —entre ellas Real Madrid, Barcelona y Atlético de Madrid—. Estas contarían con la garantía de cobrar todos los años los beneficios asociados a pertenecer a esa liga de estrellas y, con toda probabilidad, la perspectiva de que estos sean mucho más cuantiosos que en la actualidad, con una Champions League abierta a más participantes y controlada por la UEFA.

Los daños colaterales de este plan serían muy graves. En primer lugar, un golpe cuasi fetal a la épica de un deporte que, aunque esto suceda cada vez menos, está abierto estructuralmente a que equipos *David* puedan vencer puntualmente a los *Goliat*, o que con el buen trabajo se pueda paulatinamente pasar de la mediocridad a la excelencia. En segundo lugar, un mazazo a las ligas nacionales, que sufrirían la sombra de esta Superliga, perdiendo el aliciente de ser propulsoras hacia la Champions League en razón del mérito y sufriendo el creciente interés de los clubes de élite por la otra competición. No es casual que los líderes de varias ligas nacionales se hayan

expresado duramente en contra, subrayando cómo varios de los clubes involucrados en la operación sufren pésimas gestiones que acumulan deudas pese a su fama mundial. La UEFA también se ha opuesto con fiereza, anunciando una lucha sin cuartel. Está por ver que las represalias anunciadas sean legales; pero también las autoridades de libre competencia tendrán que echar un buen vistazo a este oligopolio claramente dañino para los demás. Entre los críticos del proyecto destacan líderes políticos como Emmanuel Macron y Boris Johnson.

Los sostenedores del nuevo torneo señalan que sería algo muy parecido a la liga profesional de baloncesto de EE UU, un proyecto muy exitoso. Pero no pueden olvidar se los hechos diferenciales que marcarían su réplica en el fútbol: una historia centenaria apoyada en el sueño de poder algún día subir hasta la cumbre —y el miedo a caer del pedestal—; así como el negativo impacto deportivo y económico en tantas ligas nacionales, sin equivalencia en el caso estadounidense. Son historias distintas.

No caben ingenuidades: esto no es otra cosa que un pulso de poder. Los grandes clubes quieren sacar mejor provecho de su posición dominante; al otro lado, se halla una institución muy desprestigiada como la UEFA. En el medio, un deporte que hace soñar en todo el mundo a legiones de aficionados, en cuya base se halla la épica que la vía está abierta siempre y hasta el final para los equipos que lo merecen. Este proyecto destruye ese concepto. Harían bien sus promotores en reconsiderarlo.

## Gigantes por el clima

Numerosos asuntos enfrentan a China y EE UU en esta era tecnológica y globalizada, desde la guerra comercial o el 5G a las graves violaciones de los derechos humanos por parte de Pekín, pero el mundo debe celebrar el consenso al que han sido capaces de comprometerse en la lucha contra el cambio climático. Los dos gigantes de la economía mundial, representantes de los dos polos políticos que hoy cuentan en el planeta, acordaron el fin de semana coope-

rar por la causa del calentamiento con la seriedad y urgencia necesarias. Ahora deben concretar pasos y calendarios ante las inminentes citas internacionales convocadas sobre este asunto para arrastrar así más voluntades. En los últimos cuatro años se vivió un gravísimo revés en la lucha contra el cambio climático cuando Donald Trump sacó a EE UU del Acuerdo de París, por el que decenas de países se comprometieron en 2015 a reforzar sus economías para limitar la subida de temperatura a no más de dos grados con respecto a los niveles preindustriales. Más allá de números y objetivos, la ambición expresada en ese acuerdo implica una revolución en la forma de producción y consumo, con una renuncia a los combustibles fósiles en los que se ha basado la economía desde hace un siglo y medio y un verdadero cambio de paradigma. Mientras Washington emprendía ese camino trumpista, antinatural desde el punto de vista de cualquier análisis científico válido, China empezó a dar pasos inversos: Xi Jinping se comprometía a llegar al pico de emisiones de carbono en 2030 y a la neutralidad en 2060.

La llegada de Biden a la Casa Blanca ha sido el punto de inflexión y ha generado el giro completo de EE UU, que ha regresado al Acuerdo de París y que dispone de un enviado especial para esta causa, John Kerry, un solvente secretario de Estado con Obama que ha pasado tres días en Shanghai con su homólogo chino hasta llegar a este acuerdo. Un ejemplo de que el diálogo puede abrirse paso y cosechar buenas noticias a pesar de las diferencias.

Los dos países son los mayores emisores de dióxido de carbono del mundo, pero sus posiciones de partida son diferentes: China es hoy el principal, con un 28% del total, aunque su recorrido histórico es mucho menor. EE UU es el segundo, con un 15%, pero su responsabilidad —al igual que la de Europa— se remonta mucho más atrás. El compromiso de ambos es clave en un combate que requiere una alineación internacional global a la que Trump hizo un gran daño. China debe demostrar que su compromiso se traslada a hechos y que asume un liderazgo propio de una superpotencia, sin el discurso de un país en desarrollo, y EE UU debe demostrar que es capaz de mantener en el tiempo su compromiso, más allá de quién esté en la Casa Blanca. Que ambos hagan estos deberes hará más factible y creíble su compromiso climático.